



Madrid Cómico.

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
CASTO PLASENCIA



Lit. de Bravo. Desempuro 14 y Carbon. 7. Madrid.

Grandioso en la factura y el color;
nadie le iguala á él.
Hace á su patria honor con su pincel;
y á mí me gusta mucho este pintor.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Coser y cantar, por Eduardo Basillo.—A Sinesio Delgado, por José Estremera.—Historia de un tero contada por el mismo, por Ricardo de la Vega.—La primavera, por Sinesio Delgado.—Alfileres... para las corbatas, por Ricardo Monasterio.—Y va de cuento, por Eusebio Sierra.—Uno, por María Beltrán.—Rubo en cuadrilla, por Mariano Gómez Carreras.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Casto Plasencia.—¡A divertirse!—Dolora, por Cilla.



¡Al Santo! ¡Al Santo!

Esto no quiere decir que vayan VV. Me limito á consignar estas frases, rindiendo un tributo de admiración á San Isidro, de quien he oído contar cosas verdaderamente admirables.

El ha hecho brotar agua cristalina de las duras peñas; el ha conseguido que los bueyes arasen la tierra por sí solos, mientras el Santo y su esposa se dedicaban á otras labores puramente espirituales.

Muerto ya, ha realizado el milagro de enriquecer á muchos caballeros que se nutren con la más pura fe y la venden al menudeo entre los fieles cristianos. Además, á San Isidro debemos la felicidad anual de que se nos llene la casa de parientes y amigos, que aprovechan la rebaja de precios en los ferrocarriles, para venir á enterarse de nuestras costumbres privadas y de nuestros alimentos públicos.

Por lo demás, la romería no ofrece atractivos de ningún género. Hay, sin embargo, quien no podría vivir si tuviera que renunciar á las rosquillas de Fuenlabrada y á los silbatos del Santo, símbolos de la más acendrada piedad religiosa.

Familias enteras acuden á la ermita con el exclusivo objeto de visitar á San Isidro y ver qué tal se conserva. Hay quien le supone de *carne natural*, y no es raro oír diálogos como este:

—Oye, Rita, ¿no le encuentras un poco desmejorado?

—Te diré, es que las patillas le hacen más viejo.

La romería se llena de tomadores, espadistas, timadores y demás gente culta. Los forasteros pagan tributo de candidez á estos apreciables perturbadores de dichas ajenas, y hay paleta de buena índole que se deja robar hasta los calzoncillos, porque le han dicho en su pueblo que es la costumbre.

No faltan, entre los romeros, personas elegantes, que suelen tomar leche de las Navas recién hecha, con bizcocho de Viena, que más parece de cal hidráulica. Estos seres tradicionalistas buscan el cólico con verdadero afán y se salen con la suya. Después tienen el consuelo de poder decir:

—Yo soy hombre de costumbres morigeradas; pero, ¡no me quite V. la romería de San Isidro! Entonces me convierto en un tunante de los mayores.

Apesar de la irrupción de los forasteros, los teatros continuaban vacíos. Al de la Comedia asistieron anteanoche el tío Ruperto, su esposa la señá Candelaria y los hijos de

éstos, Toribia y Bonifacio, de veinte y catorce años, respectivamente, todos oriundos de Fuente Rubia.

Los actores italianos hacían maravillas; pero el tío Ruperto, que ha servido al Rey y visto mucho mundo, se puso de pie en su asiento y comenzó á decir en voz alta que le devolviesen los cuartos, que aquello era burlarse, etc., etc.

—Que hablen como Dios manda ó que se nos dé el dinero—gritaba fuera de sí.

—¡Eh, silencio!—dijo un acomodador.

—No quiero callarme. ¡Pues, hombre!... ¡Por qué no han de hablar claro?

La intervención de la autoridad puso fin al escándalo, y el tío Ruperto, seguido de su apreciable familia, salió á la calle echando pestes.

Anoche asistió al Teatro de Novedades y lo primero que hizo fué preguntar en la puerta:

—¿Cómo se habla aquí?

—En español—le contestaron.

—Bueno.

Los artistas aparecieron en el escenario dispuestos á representar la obra, y el tío Ruperto abrió cuanto pudo ambos oídos á fin de no perder una sola sílaba.

Pero no había terminado la primera escena, cuando, lleno de indignación, abandonaba su asiento, gritando:

—Estos hablan aún peor que los otros. Vámonos, Candelaria.

Va á ser convertida la plaza de Villa en verjel ameno, por orden del Sr. Bosch y Fustigueras.

Trátase de sustituir los adoquines por frondosas alamedas cubiertas de césped, donde podrán los concejales esparcir el ánimo y entregarse al reposo después de las luchas del Municipio.

Valiera más que, antes de proceder á esta metamorfosis, procurasen nuestros ediles que bajara el pan; pero de todas suertes, la resolución merece elogios. Ya que no la vida cómoda y regalada, tendremos el consuelo de hacer la vida campestre á las puertas del Ayuntamiento.

Ahora conviene cortar excesos que podrían dar al traste con la salud de algunos. A este fin deben fijarse unos cartelitos en la dehesa proyectada con estas palabras:

«Se prohíbe pacer.»

Como si no fuera bastante lo de la ruptura de la coalición, cosa que he sentido de veras, resulta que tengo la cara lo mismo que un sombrero hongo.

Escribo mi crónica desde el lecho del dolor y así va saliendo ello.

Lector, ¿sabe V. lo que es un flemón?

Primero comienza á sentirse un dolorcito suave, como si le estuvieran metiendo á V. un clavo por la encía; después nota V. cierta tirantez semejante á la que se sentiría si le estirasen á uno la piel con unos alicates; más tarde se interpone entre la mejilla y la encía algo así como una bala de á onza, y por último va V. á buscar la cabeza y no sabe dónde la tiene, hasta que concluye V. por meterse en la cama y darse á todos los demonios.

En esta situación me encuentro, situación que no deseo para ninguno de mis lectores.

L. LUIS TABOADA.

COSER Y CANTAR

Mari Paz, la samorana,
que, mejor que por triguina,
puede, por trapisondista,
llamarse Mari-Morena:

olvidada en los Madriles
de los aires de su tierra,
trocó por la fina falda
la basquiña de estameña.

Dedicándose al zurcido
por ganar la subsistencia,
hasta las más competentes
tuvieronla por maestra;

porque tramaba los hilos
con tan hábil sutileza,
que no denunciaban *retor*
cosidos hechos por ella.

Más en pugna con tal arte
su indócil naturaleza,
si primos con la aguja
hizo estragos con la lengua.

Y en el taller ó en la calle,
por envidia ó por soberbia,
sobre sí llevas más lujo,
ó sobre el cómo te llevas,

no pasó día sin bronca,
ni velada sin pelea,
ni dos horas con sosiego,
ni un segundo con prudencia.

Y como hay por medio trapos
cada vez que arina una gresca,
y Mari-Paz, por lucirlos,
es en zurcirlos tan diestra.

de las voluntades de otros
busca del paño una pieza,
para ver si con la propia
se surcen bien las ajenas.

Que cose y canta asegurara
maliciosas compañeras
que el *coser* y *cantar* hallan
fácil y dulces tareas.

Pero canta más que cose,
sin que en el taller comprendan
que dentro cosa tan poco
y rompa tanto por fuera;

porque Mari-Paz ha dado
en zurcir tan sin cautela,
que descubre en sus *cosidos*
los *retos* de su vergüenza.

Pero al fin cruza las calles,
sube y baja, sale y entra,
haciendo gala de triunfos
que no valen lo que cuestan.

Y aun con miradas provocó,
y con sonrisas desprecia,
y acomete con insultos,
y hiere con insolencias.

Y del taller del trabajo
más cada día se aleja;
en el ocio el oro amasa,
sin aguja zurce afrenas.

Y del vicio en los talleres
al entrar pidiendo guerra,
si la Mari-Paz se alarma
se arma la Mari-Morena.

EDUARDO BUSTILLO.

Á SINESIO DELGADO

¡Consonantes difíciles, Sinesio,
tus versos traen en el pasarlo número?

Yo pediré al asino y al estro
de voces consonantes un sinnúmero,
y aunque de esto resulte un adéfeso,
he de escribir hasta dolerme el húmero,
aunque el lector, por mi desvío infuasto,
mis versos tire de paciencia exhausto.

Al son, mi musa, que te tocan baila,
se mete en lo sublime y lo grotesco,
que tiene para todo su filatía,
aunque saiga su estilo pedantesco.
(¿Que ya no hay rima pensadas? Pues hayla.
Después de hallarla me quedo tan fresco,
que queda muy tranquilo mi estro,
aunque versos esólos perpetre.)

¡El verbo *aver* que en la lengua trunca
por encontrar un consonante á Páver!
Aunque de planas yo no encuentro nunca,
sé que hay pepaveráceas (¿de qué color?)
¡Tú pensarás que no hallé rima en *avoca*,
que sólo hay *apólicas*! No ha de hauev!
Ya ves que, aunque las cejas me ghemusco,
la rima encuentro por doquier que busco.

Pero hasta de introito ó de proemio.
Te diré que la *hlex* me entusiasma
de que la gente práctica del gramto,
de esos chistosos, cuyo ingenio pasma,
pagan á la periódica el *haletemo*
de hacer este ejercicio programasma,
y reto, en esta lucha ó *quilierno*
de rima atroz, primero á don Plácido.

Tiene facilidad, nunca conspicuo,
y, como al cabo el suyo no corrempa
de la trivialidad el gusto inculto,
quizá la calnia de los aires rompa
en breve, proclamando su perspicuo
ingenio, de la fama la aurea trompa.
Empuña, pues, la péñola en la diestra,
—a es que no es surdo— y sus á la palestra!

Habrá quien tome por trabajo fácil,
por asunto pueril, de baja estrofa,
este escribir estrofas inconcéntril;
mas yo podré probar, si alguien se trofa,
que esto es para gimnasia, y es muy útil,
pues va saliendo á plancha por estrofa;
trabajo que, en verdad, tan sólo es fácil
(modestia á un lado) para ingenio grácil.
Vates, aperchid vuestro caducen;
consultad al arístico Rengifo,
cuyo talento, cuyo excelso nimen
las reglas nos mostró del verso grifo.

Si hallo más consonantes, que me emplamen;
por eso ya con las octavas rifo.
Yo abrí la senda, á los demás enseñóla,
y, fatigado ya, guardo la péñola.

JOSÉ ESTRAMEIRA.

HISTORIA DE UN TORO

CONTADA POR ÉL MISMO

(Continuación)

El terror se apoderó de la gente que nos conducía, y la mayor parte de la cabalgata entró en Leganés á galope tendido, esparciendo la noticia de que un novillo había matado un vaquero en el camino. Los mozos del pueblo se alegraron al saberlo promediándose una gran corrida, y el alcalde reunió el Ayuntamiento para deliberar sobre la conveniencia de lidiar reses bravas. No hubo disensión: todos convinieron en que la gracia de las novilladas consiste en la constante intervención del médico y la presencia del cura para ayudar á bien morir á los valientes que vierten su sangre en aras de la culta y popular diversión.

Entretanto mis compañeros y yo pisábamos en apretado pelotón las calles del alborotado pueblo, y una vez en la plaza nos dejamos encerrar sin oponer grandes dificultades. Yo iba satisfecho de mi venganza y me proponía darme á conocer en la corrida sin causar desgracias, pero si los sustos consiguientes. Mis instintos nunca fueron sanguinarios. Dí muerte al vaquero porque me había ofendido; pero lo maté cuerpo á cuerpo, cara á cara, en campo abierto, y defendiéndome del mal empuñado lanzón con que trataba de humillarme ó quizá de inutilizarme por completo.

Nos encerraron en un callejón que hace esquina á la casa ayuntamiento, cuyas rejas bajas nos permitían ver lo que pasaba en el interior. Mis compañeros se echaron á descansar de las fatigas del viaje y yo me entregué á serias y profundas meditaciones.

La noche estaba hermosísima. En la plaza del pueblo cantaban los mozos al compás de alegres guitarrillas y bailaban las mozas con los soldados de la guarnición. Los cohetes se escapaban culebreando por encima de los tejados y, al estallar, se desahacían en mentida lluvia de perlas y brillantes que iluminaban el aire, para no ser menos que las estrellas de aquella purísima noche de verano.

El aceite, hirviendo en las calderas, doraba la blanca masa, convertida en buñuelos, que pasaban de manos del freidor á las de una desahogada chula ma trileña, que los espolvoreaba con un puñado de axúcar y los desahada con otro de sal, de la que se cria en las brillas del Manzanares.

Más allá, la verdadera ó falsa tía Javieta, pregonaba su mercancía, orgullosa del otro renombre que le habían alcanzado sus mosquillas.

En diferentes puntos figuraban los torrados, las frutas del tiempo, los dulces de caramelo, guilache, bergamota y otras golosinas, que los muchachos engullían, para sentir á media noche los efectos del bálsamo de Hierabrás.

En el café de la esquina, los oficiales del regimiento asuntado jugaban al billar, tomaban un refresco ó, recostados en la puerta, observaban á los soldados, que retozaban con los mozas, por si veían algún desahato de los que no prohibe la ordenanza, pero sí la moral.

En la casa de enfrente los dueños obsequiaban á los forasteros con baile y concierto improvisados. Varias señoritas de la localidad, y otras de diferentes localidades, alternaban los vales con las malagueñas y los rigodones con el *Ave Maria*, de Gounod, ó el *rosario de Lucia*.

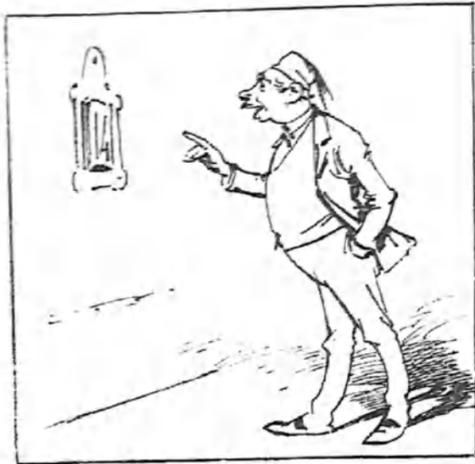
En el portal del Ayuntamiento el tambor y la gaita simbolizaban el principio de autoridad, y en la torre de la iglesia las campanas daban vueltas de regocijo.

«*Todo pueblo es hoy la gran Toledo.*»

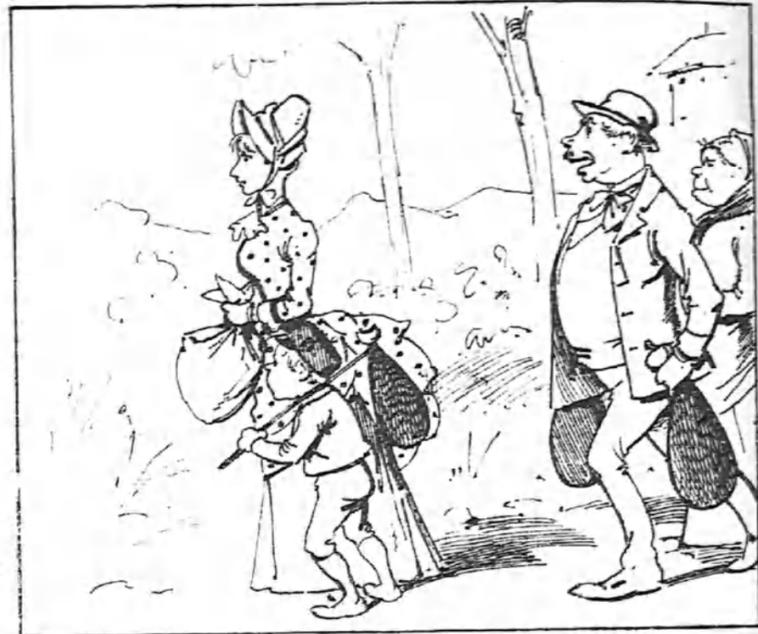
Aquella noche, todo Leganés era alegría y algazara. ¿Todo he dicho? No! Hay en el centro del lugar un edificio triste y silencioso, donde, por decretos incomprensibles viven los abandonados de la Providencia; los incapaces de distinguir el bien del mal. Ellos quizá se preguntarian unos á otros oyendo el bullicio de la gente: ¿*qué estr. pito es eso?* ¿*Están locos los vecinos de Leganés?* Y ahora pregunto yo: ¿*Quid est veritas?* ¿*Dónde están los locos?* ¿*En las calles ó en la plaza?*

Entregado á tan tristes ideas iba ya poco á poco conciliando el sueño, cuando llegó á mis oídos un prolongado y lastimero mugido que me hizo volver en mí y aplicar la oreja para

¡A DIVERTIRSE!



¡14! Hoy estamos á 14; mañana es el gran día. No hay más remedio que ir á tomar algo en la pradera... por lo menos una tortillita con bacalao. Con tal que haya abundancia de vino... ¡ahí está la alegría!



Y dicho y hecho... pian, pianito hacia la romería.



Pero ¡cuántos amigos, conocidos y testamentarios hay por el camino! ¡Y no hay más remedio que ir convidando uno por uno!



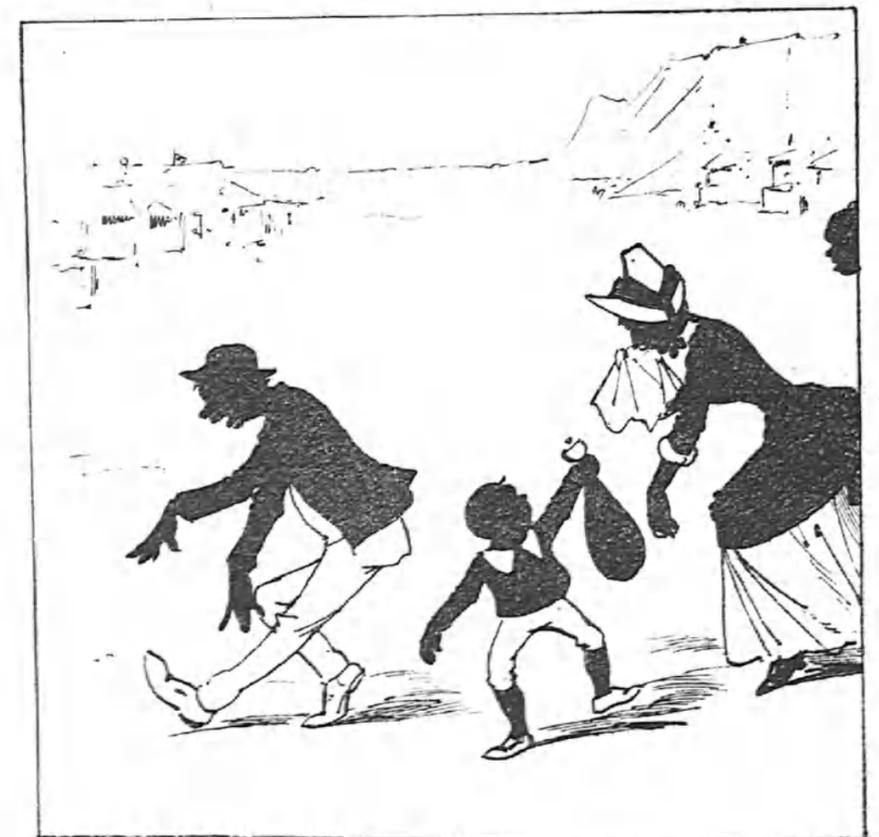
¡Para que se vea si la familia tiene ó no tiene relaciones!



Y ¿quién se pone á merendar sin cumplir antes con la tradición gloriosa de saludar á la tía Javiera?



Vamos á ver quién es el guapo que se atreve á comerse la tortilla.



La vuelta al hogar. Que no se han divertido ¿eh?

convencerme de si aquella tiernísima voz era lanzada por una hembra de mi valiente raza, prisionera como yo en algún cercano corral. Poco tardé en asegurarme de la verdad. Un segundo mugido más acentuado y dulce que el primero, me decía en el lenguaje amoroso con que nos entendemos los rumiantes: ¡Ven á mí!

¡Oh, dulce amiga mía! (exclamé). ¡El viento ha sido el mensajero que ha llevado hasta tu oscuro rincón el aliento de este triste cornúpeto, tu amigo de otros días! ¡Oh, quién pudiera vivir entre vosotras y lograr vuestras amorosas caricias sin darse momento de reposo!

La sangre hervía en mis venas, y cada vez que el mugido se repetía mi corazón palpitaba. Empecé á dar saltos por el chiquero, lanzando resoplidos que hubieran podido apagar de una vez todos los faroles del pueblo, y traté de escaparme. Imposible: los tabloneros eran muy altos y de cuatro dedos de espesor.

Inquieto y desesperado de verme preso, y tan cerca de mi amor, me paré de repente al oír que hablaban de mí dos hombres asomados á una de las rejas del Ayuntamiento.

RICARDO DE LA VEGA.

LA PRIMAVERA

Será que la sangre hierve,
ó que á mí me lo parezca,
y no hay calor que me enerve
ni frío que me entempezca;
pero es la verdad del caso
que algo raro en mí se esconde,
y que si sigo á este paso
voy á parar no sé dónde.

Antes encontraba mil
mujeres de poco fuste;
desde primeros de abril
no hay una que no me guste!
Hasta en la más horrorosa,
de esas que causan espanto,
encuentro yo alguna cosa,
y no me parece tanto.

¡Yo, infeliz, que no ambiciono
triumfos de la vanidad,
y que, además, me impresiono
con mucha dificultad;
ya me he declarado á doce,
y me encuentro en un apuro,
si me ve, no me conoce
mi familia, de seguro.

Tal estado es un estado
sumamente excepcional;
que me tiene disgustado
y que me siento muy mal.
¡Comure, si seré infeliz,
que me estoy volviendo loco
por un demonio de actriz
que trabaja mal y poco.

Y es negra como la noche,
y rechoncha, y sin salero,
¡y estoy por ponerle coche
en cuanto tenga dinero!
¡No digo nada en la calle!
¡Si parezco un zascandil!
Me entusiasma cualquier talle,
me gusta cualquier perfil.

Que me lo perdone Dios,
pero ni un día se pasa
sin que yo acompañe á dos
á la puerta de su casa.
¡Y esto es ridículo, es feo,
y hasta antihigiénico es,

porque doy cada paseo
que me desbago los pies.

Una costurera, un coco
que no vale tres pepinos,
me ha llevado poco á poco
hasta los Cuatro Caminos;
y según estaba yo
de terco y de calavera,
me voy tan fresco á Joló
y ni lo siento siquiera.

Con otra por el estilo
que ayer me salió al encuentro,
estoy algo más tranquilo,
porque esa vive en el centro;
en la acera de los mones,
aquí, á mano, en la Carrera,
en los últimos balcones,
contiguo desde la acera;

y es preciso confesar
que este detalle me balda,
porque me tengo que estar
con el cogote á la espalda.
¡y duele de firme el cuello!
¡Dígamele usted á mí!
¡Como que si sigo en ello,
me voy á quedar así!

Total, que ya me aniquila
tan profunda alteración,
y que no quiero esta pila
de Volta en el corazón.

¡Que es la primavera quien
nos incita á las amores,
y amas por eso también
los pétalos y las flores!

Corriente, yo no me opongo,
que no es tanto mi egoísmo,
y aunque lo fuera, supongo
que pasaría lo mismo.

Pero por lo que barrunto
la subvenciona Himeneo,
para llevarme hasta el punto
de que adone á cuantas veo;
y quiero que pase pronto
y que cese la tormenta,
porque estoy haciendo el tonto,
¡y es cosa que me revienta!

SINESIO DELGADO.

ALFILERES... PARA LAS CORBATAS

Juana, rubia muy barbiana,
tiene por amante á Gil,
chico que anda en un canchil
y primo carnal de Juana.

Y según dice la gente,
se aman como manda Dios,
y eso que se aman los dos
hasta la pared de enfrente.

Juana su pasión concilia
con el candor mas hermoso,
y Gil es muy poderoso
según dice su familia.

Si alguna frase instantánea
oyen respecto á su amor,
ambos demuestran rubor
como haya gente delante.

Juana es chica sorprendente
por su gracia y su hermosura,
y Gil muy buena figura
(mejorando lo presente).

Ella tiene angel y encanto,
El gracejo y cortesía,
y en donaire y simpatía
los dos se parecen tanto.

que las gentes se preguntan
si se dijo por los dos
aquél proverbio de «Dios
los crea y ellos se juntan.»

Y aquí tiene doblemente
aplicación el refrán,
porque los chicos están
juntos incesantemente.

Sale Juana; al retortero
lleva á Gil. Este se va
á la calle; pues ya está
la sogá tras el caldero.

Como él es todo prudencia
y ella toda castidad,
en completa soledad
suelen verse con frecuencia.

Los dos estaban, en fin,
una tarde de verano,
agarrados de la mano
y solos en el jardín.

Ella vestía flotante
bata vistosa y sencilla.
Él un terno de lanilla
de un corte muy elegante.

Prestándose de su amor
entusiasta juramento,
juntos tomaron asiento
en oculto cenador.

De pronto, Juana da un grito:
Gil, ¿estás tú?—¿Qué es ello?—
pregunta—¿Que por el cuello
se me ha metido un mosquito!
Y sintiendo odio mortal

contra el insecto villano,
Gil introdujo su mano
en busca del animal;

pero con tanta torpeza,
tan inquieto y tembloroso,
que aunque en cazar afanoso,
Gil no cobró la pieza.

Juana auxiliaba el trabajo
diciéndole á cada instante:
¡más atrás!—¡más adelante!
¡más arriba! ¡más abajo!

¡El mosquito no paraba
y cualquiera hubiera dicho
que aquel demonio de bicho
sabía por dónde andaba.

Juana estaba ya impaciente,
el mosquito muy picote,
y el buen Gil á cada instante
cazaba más torpemente.

Yo no sé lo que sería
del animal agresor
ni si al cabo el cazador
encontró lo que quería.

Por eso el final omito,
mas diré que desde aquello
luce Gil siempre en el cuello
como afiler un mosquito.

Y es cosa ya demostrada
que Juana no puede ver
casi nunca el afiler
sin ponerse colorada...

RICARDO MONASTERIO.

Y VA DE CUENTO...

D. Feliciano es un español á macha martillo: todo lo extranjero le cripa los nervios, como él dice, y no entra á comer en una fonda donde se guise á la francesa, porque teme que las manos de Daoiz y Velarde le abofeteen al salir.

Sin embargo, D. Feliciano cometió ayer un exceso, de que estará arrepentido toda su vida.

Un compañero suyo, que además de muy liberal es amigo de un acomodador de la Comedia, razón por la que entra gratis en aquel teatro, le convidó anoche á ver la última obra de Alejandro Dumas.

—Pero hombre—le dijo D. Feliciano.—¿te atreves á proponerme eso á mí?

—Sí, porque estoy seguro de que me lo agradecerás: el autor de la comedia que vamos á ver es liberal.

—¿Pero francés!

—¿Pero liberal!

—Además, la obra se representará en italiano; de modo que, por muy liberal que sea, me quedará *in vibus*.

—No lo creas.

—Ya sabes que soy muy bruto para los idiomas—exclamó D. Feliciano en un arranque de modestia,—y que después de veinte años de matrimonio, aún no he logrado entenderme con mi mujer, que es catalana.

—No importa; esta noche no perderás sílaba de lo que se hable en escena, porque estaré yo á tu lado y seré tu *cicerón*.

—Pero ¿entiendes tú el italiano?

—¡Tá, tá! He vivido tres meses con un corista del Teatro Real! Por cierto que pegaba á su mujer, y en cuanto levantaba la mano, ya le había yo comprendido.

Se dejó convencer D. Feliciano y, bien que á regañadientes y haciendo infinidad de protestas y salvedades, fué por fin al teatro, llenando de asombro á su familia, que no sabía qué pensar de aquel cambio de ideas en un hombre tan constante y, por añadidura, tan enemigo de los *franchutes*, como él llama despreciativamente á todos los que no son españoles.

—A tu padre le pasa algo—había dicho la catalana á su hija, apenas conoció el propósito de su marido:—no te quepa duda, le pasa algo; él no va á un teatro como el de la Comedia sin llevar algún plan siniestro. ¡Dios mío! ¿Si querrá matar á los cómicos creyendo que son soldados de Napoleón?... Ahora recuerdo que el día 2 de mayo, cuando vino de rezar por las víctimas, no se acordó de cortarse las uñas como hace todos los sábados: algo tramaba.

La niña, que es una rubia muy insustancial, y tan delgada como un cigarrillo madrileño, trató de tranquilizar á su madre; pero no lo pudo conseguir: la verdad es que la cosa no era fácil para quien tampoco estaba muy tranquila.

¡Qué noche pasaron las dos pobres mujeres! Doña Restituta empezó á manguar una media y la salió un gorro de dormir.

Joaquinita cortó la manga de un vestido en la mesa del comedor y, al írsela a probar, después de hilvanada, se encontró con que la mitad de ella era un pedazo del tapete.

Al cabo, después de tres horas de angustias mortales, llegó D. Feliciano, todo sudoroso y con una cara de disgusto que metía miedo.

—¡Si yo lo decía!—exclamó apenas se hubo sentado, y sin esperar a que le dirigiesen la palabra—¡si no puede ser! Si al que ha visto a Mariano Fernández hacer *El Memorialista* las tardes de Pascua, no le puede gustar nadie, aun siendo español y hablando como Dios manda, cuanto más esos *franchutes* del demonio.

—¡Pero qué! ¿Tan mal lo hacen?—se aventuró a preguntar Joaquinita.

—Rematadamente: ya me había dicho a mí el jefe de mi oficina que no dicen más que tonterías los italianos, porque una noche que fué él a verlos el año anterior, se pasaron toda diciendo: ¡Respeto a la leche!

—¡Respeto a la leche!

—¿Habéis oído en vuestra vida mayor disparate?

—¡Qué barbaridad!—dijo D. Restituta muy convencida.

—Pero, ¿para qué necesito más que lo que he visto esta noche? Figúraos que yo no entendía una palabra; pues resultó que Cosme, que era quien debía ilustrarme, no la entendió tampoco, porque, según me dijo, el italiano que él sabe es el de la ópera que es cantado, y este que se habla no se usa ya en ninguna parte.

—¡Ah!

—Pues bien, habían pasado dos actos: charla, charla y charla, particularmente las mujeres, que en cuanto empezaban no lo sabían soltar, sin decir ninguna cosa de provecho, que eso bien se conocía, cuando ya en el tercero pareció que la gente aquella se animaba porque comenzaron a hablar alto y a mirarse de mala manera. Yo pensé para mi capote: aquí está pasando alguna cosa grave, y a alguno le tienen que reventar a la fuerza.

—¡Naturalmente!—dijo Joaquinita que se parece tanto por ver morir a los cómicos, que cualquiera creería que es la heredera de todos ellos.

—Pues asombraos—continuó D. Feliciano;—estaban la dama y el galán en escena, sosteniendo una conversación que yo creía muy interesante; pues hasta me figuré que se les saltaban las lágrimas a uno y otro, cuando de repente la entendí a ella una frase que me explicó todo el diálogo: ¿á que no acertáis qué es lo que estaban haciendo con aquella solemnidad?

—¿Qué estaban haciendo?—preguntaron a una las dos mujeres.

—Jugando a las prendas.

—¿A las prendas?

—Como lo oís: la primera dama, decía con toda claridad: *¡Miente el bellaco!* Por supuesto, no escuché una palabra más, y salí inmediatamente a la calle, compadeciendo de todo corazón a mis amados compatriotas que tan vilmente se dejan engañar por los *franchutes*.

Calló D. Feliciano, y quedó su familia estupefacta.

Supongo que a VV. les habrá sucedido lo propio.

EUSEBIO SIERRA.

UNO

Lleva calvo testuz encubertado:
espalda con extremo corcobada;
hipócrita y sin brillo la mirada;
pescuezo altivo de avestruz pelado.

Naturaleza pródiga le ha dado
una boca buzón desmesurada;
los pómulos salientes, la quijada
cual la que mató a Abel desventurado.

En la parte moral no es de otro modo
(y que es su copia exacta, certífico.)

Materia impura, deletérrimo todo:
almo de buitre, corazón de mico.
Asqueroso reptil, lo mancha todo,
que es artero, rñin, y torpe y chico

MARÍA BELTRÁN.

ROBO EN CUADRILLA

Tu albán me envías, Leonor,
pidiéndome por favor
que lleve su última hoja.
¡Tarea es esa, y no floja
para tu fiel servidor!

Después de haber consultado
las hojas antecedentes,
dejar debo aquí sentado
lo muy mal que te han tratado
los poetas precedentes.

Uno afirma que tus ojos
al sol robaron su lumbré;
otro, *¡focado de hinojos!*
según antiguo costumbre,
dice que tus labios rojos

á las flores del Granada
roban color y frescura,
y que en cuello nevado
á la nieve las arrebatado
su trasparente blancura.

Cuál afirma que á las flores
has robado sus aromas;
cuál, que al iris sus colores;
cuál que cuando cantas *tenets*
su canto á los ruiseñores.

Quién dice que son tus dientes
perlas robadas al mar;
quién se atreve asegurar

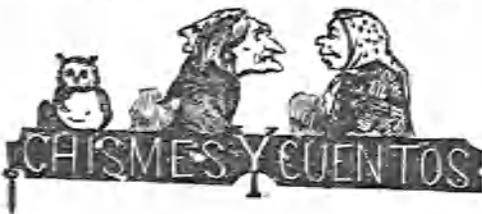
que robas á las serpientes
su fascinante mirar.

En vista, pues, Leonor,
de tales afirmaciones,
yo declaro por mi honor
que es tu cuerpo encantador
una cueva de ladrones:

los cuales, muy cuerdamente
obrando y á maravilla,
no roban aisladamente,
sino, lo que es más prudente,
á mansalva y en cuadrilla.

Roba, pues; te lo aconseja
quien no se para en perfiles;
y la que roba, aunque vieja,
llega á encontrar su pareja...
¡pero de guardias civiles!

MARIANO GÓMEZ CÁRRERA.



El número 15 del MADRID POLÍTICO ha sido denunciado...

Pues, señor, me comieron la partida.

La cólera divina se desata
¡y adiós mi libertad, adiós mi vida!
como dice Zapata.

—Fíjate en aquel perdulario que ahora cruza la calle. Pues con sus malas trazas y todo, ha tenido un lance de honor hace pocos días, y con buena suerte, porque dió un sablazo á su enemigo.

—¿Sí? ¿De cuánto?

En el Circo de Price ha ocurrido una cosa muy chusca. No han dejado sentarse á dos mujeres, ataviadas con los modestos trajes de nuestras aldeas, las cuales mujeres habían satisfecho *aún* el importe del billete.

¡Bien, hombre! ¿en qué país vivimos? Según ese sistema, el Sr. Parisk no podría entrar en ninguna parte.

Porque... ¡cuidado con la levita que gasta el caballero!

Con motivo de la festividad de San Isidro, nuestro patrón espiritual, ha habido un día de asueto en la imprenta.

Hoy, sábado, estamos trabajando como negros con el objeto de que el número salga á su debido tiempo. No sé si lo conseguiremos.

Lo advierto por si acaso no pudiera salir el correo á provincias, cosa que sentiríamos de veras.
Y VV. perdonen.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Sr. D. M. B.—Madrid.—Pero ¿qué quiere V. decir con eso?
- Sr. D. S. G.—Madrid.—Tampoco veo la tostada.
- Sr. D. J. P.—Madrid.—Resulta inocente.
- Sr. D. F. I.—Cádiz.—Tienen muchas incorrecciones de forma, ¡muchísimas!
- Sr. D. C. M.—Escorial.—¡Por Dios! no menudee V. Cuanto á la prosa ¡hay tanta!
- Sr. D. E. R.—Madrid.—Aquello es muy malo. No necesito probarlo ¡ah!
- Sr. D. G. C.—Madrid.—Son un poquito flojos.
- Sr. D. J. Z.—Valencia.—Fuertecita como un diablo.
- Sr. D. G. G.—Huesca.—Le falta fluidez, y facilidad, y...
- Sr. D. L. M.—Madrid.—Pues... así, así, V. puede hacerlo mejor.
- Sr. D. E. G.—Valladolid.—Veremos.
- Coruña.—Madrid.—No están mal, pero hay que dibujarlos en papel autógrafa. Fírme V. con su nombre. La prosa tiene poquísima gracia.
- Sr. D. F. G.—Madrid.—Se publicará *Cop y cas*, para que no tengamos belenes.
- Sr. D. R. B.—Madrid.—Aquello del «por San Cresol» lo echa todo á perder. Es uno de nuestros primeros ripios.
- Sr. D. D. C.—Almería.—Eso vale poco, sobre todo, dada la índole del periódico.

DOLORA



Reflexiones sencillas
que se hacen esos días en la pradera:
El de adelante.—¡Qué ricas deben ser esas rosquillas!
El de atrás.—¡Qué rica debe ser la rosquillera!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en provincias no se admiten por menos de seis meses.
No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Ángeles, 7, pral.

DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchas, mantas, mantones, muebles y otros muchos efectos. Todos los géneros son superiores, y precios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público la dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES

DEL

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

AL POBRE DIABLO

14, DESENGAÑO, 14

Casa especial en calzado de caballero por lo elegante en la forma, y por su mucha economía.

de 1.000 rs.

PEINETAS DE NOVEDAD EN CELLULOIDE

Es una pasta que sustituye ventajosamente á la concha, en color rubio ó jaspeado, con la inmensa ventaja de que son inrompibles. Gran surtido y variedad de dibujos, pudiéndose hacer toda clase de encargos, en las formas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Ferra, Carmen, 1

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE REPARA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO

DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengaño, 14, y Corbón, 7 — MADRID

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con perfección y economía.